

## Fragmentos de la anestesia

Salvador Alanís \*

Estudiosos hablan de la inteligencia como un ente con vida autónoma que lucha por su supervivencia, hombre a hombre, generación a generación. Según el modelo, modifica su estructura, habitando el pensamiento de los hombres.



Para identificar mi mal, aprovecharon el catéter inserto en mi brazo izquierdo e inyectaron un líquido color yodo. Mientras entraba en mi cuerpo, el anestesista me dijo que podía sentir náuseas momentáneas. Una cámara especial fotografiaba la retina infartada mientras salivaba, llenando los molares posteriores de un nerviosismo primario. El diafragma tembló y me retiré unos segundos del aparato en el que recargaba la barbilla. Me acercaron un bote de basura cubierto por una bolsa de plástico. Las fotografías siguieron; se me pidió que mirara la luz; en ningún momento la distinguí. Ciego del ojo derecho, me sentía más humillado por el impulso de vomitar que por la oscuridad que me acompañaría en el hemisferio derecho el resto de mi vida.



\* Escritor. Becario del FONCA en 1996 y del Programa de Intercambio de Residencias Artísticas México-Canadá, en 1997. Es autor de los poemarios *Paralaje* y *Magia*

"...todos verdugos, cada cosa, cada lugar, un instrumento o preparación para mi dolor y tortura. Mi única escapatoria era mi condena: abandonar la vida, entregarme a la eternidad que me llamaba, único acto inteligente y caritativo con mi persona, única prevención de todo tormento esperado y temido, las llaves del reino o las puertas de la perdición. Esta crujía no es real. Magia negra son sus rejas; demonios sus carceleros. Sólo en la oración me quedo y confío en el diluvio que arrasará con el maligno espíritu que me persigue. El horror está hecho de sangre palpitante. No siento las piernas."

Peterson, 1982.



"Veo esos terribles espacios del universo que me envuelven, y me encuentro atado a un rincón de esta vasta extensión, sin que sepa por qué estoy situado en ese lugar y no en otro, ni por qué este poco de tiempo que me ha sido concedido para vivir me ha sido asignado en este momento y no en otro de toda la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo más que infinitudes por todas partes, que me envuelven como a un átomo y como a una sombra que no dura más que un instante sin retorno. Todo lo que yo sé es que debo morir pronto; pero lo que más ignoro es precisamente esta muerte que no sabré evitar."

Pascal, *Pensamientos*, 427.



Cuál es el espacio que ocupamos, fuera del cuerpo, lejos de la piel, de la sangre que ocupa brumosa nuestra vista, espacio que puede definirnos, más allá de la caricia, del gozo, del íntimo fluir, de la humedad definitoria, el espacio deseado, la aspiración, el momento en que articulamos nuestro nombre sin vergüenza, donde damos la cara sin tener que ocultar nuestras ansias, cuál es el espacio que nos reclama, en la noche, cuando no podemos vernos, cuando el camino a la luz más cercana es una travesía inimaginable, ese espacio nos grita su nombre y parece nuestro, pero nunca lo es, no lo es, no puede serlo y es en la imposibilidad cuando despliega su mayor tristeza, su infortunio. Cuál es ese espacio en el que ya no somos, en el que resulta imposible pronunciar nuestro nombre sin avergonzarnos, en el que nuestra inocencia se ve mancillada por el conocimiento de lo que no puede ser, la posición que nunca ocuparemos, la mujer que nunca será nuestra, la ciudad perdida en una idea ilusoria. Cuál es el espacio que perdemos con el simple deseo, con la intención de no perdernos cuando nos dejamos llevar y quedamos a la deriva. Ese espacio es espacio de muerte y cuando se extiende frente a nosotros habrá que abrir los brazos, permitir que nos cubra con su beso.



Existe en la hipocondría una suerte de riesgo que al paciente le gusta probar. Inventarse un mal es como someterse a una nueva aventura, recorrer el cuerpo para conocer todos los momentos donde se aloja el espíritu de la catástrofe. Un temblor en la piel es igualmente una manera de inaugurar un sentido, una localización, el crecimiento de un tumor, la reproducción de una furia incontenible bajo el tacto dispuesta a exterminar órganos y sistemas. Sin embargo, suponer ese mal es saber acompañarlo, recorrer con él su cauce fatal y descubrir nuestra propia



fragilidad. El espacio que la destrucción genera es un valle listo a ser tomado; nuestra sorpresa es la única guía ante la devastación y vemos nuestro cuerpo como esos amplios espacios de posibilidad en los que nutrimos nuestra imaginación. Somos también la ausencia debida a un huracán del pensamiento. Sin sentido, nuestra forma de viajar en ese espacio lucha por explicarse el vacío, no para entregarse al lamento, sino para pronosticar la constitución de los nuevos golpes que vendrán en breve. El pensamiento se vuelve un simulador de la tragedia, viviendo momentos felices frente al poder detonador de la vida.



A veces, esa extraña sensación de pérdida es placentera. Nos permite mirar a la ventana largas horas, viendo cruzar a las aves sin sentir absolutamente nada más que despojo. El abandono comienza siempre por la mirada.



La idea poética del misterio está encerrada en el hecho de encontrar elementos de representación que aludan al objeto sin que el lenguaje toque su centro; un roce que apenas dibuja sus contornos, imaginando el espacio y movimiento que provoca, su impulso, la procedencia de un olor, las transformaciones de una mirada, el aliento que se confunde con la niebla. Resulta emocionante tener que aprender a vivir una pasión sin poder nombrarla.

Creo que lo menos inteligente que te pueden decir cuando pierdes una facultad es que el organismo sustituirá la carencia por una reacción superlativa de los órganos sanos. Lo que sucede es que tu universo reducido te habla de frente y tienes que aprender a vivir en dimensiones reducidas. Eso es todo. La necesidad metafísica de pensar en la inteligencia de nuestro organismo como algo infalible es parte de una educación conservadora que se niega a reconocer los defectos en la estructura de nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo, réplica del cuerpo místico de Cristo, imagen del cosmos, pronunciamiento de Dios en la finitud, no puede ser tan imperfecto y por eso nos rehusamos a reconocer que la vista nos abandona, que nuestra movilidad es limitada, que la fuerza con que enfrentamos los obstáculos del mundo es insuficiente. También es evidente que la idea de sustitución esconde la incapacidad de reconocer la desigualdad, seña de identidad de la condición humana. ⇨

